

Lunes, 24 de agosto de 2020

“San Bartolomé”

“He encontrado el amor de mi vida, ven y te lo mostraré”

Ap 21,9b-14 Ven que te voy a enseñar a la novia: “Jerusalén”.

Sal 144,10-18 Dios es justo, en todas sus obras amoroso.

Jn 1,45-51 Ese de quién escribió Moisés, lo hemos encontrado.

Ven que te voy a enseñar... Enseñar los secretos de mi corazón enamorado de ti, enseñar la gloria y esplendor de mi Reino, enseñar que mi amor es el cimiento firme donde asentar tu vida, donde experimentar lo importante que eres para llevar a cabo la salvación que tengo prometida a la humanidad.

Hoy, Dios se dirige a cada uno de nosotros, nos llama por nuestro nombre, pone toda su confianza en cada uno, para que pueda llevarse a término su proyecto de salvación.

Para llevarlo a cabo llamó a unos hombres, rudos, poco instruidos algunos; todos ellos formaron parte en su elección y a todos los capacitó para llevar su palabra, para anunciar a los hombres que había llegado el tiempo de pasar de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad.

Encontrarse con Jesús, supone encontrarse con el tesoro más grande que hombre alguno puede soñar. Es Jesús quien nos habla del Padre-Dios, de su amor por los hombres, el que se encarna para enseñarnos cuál es el camino, dónde tenemos que edificar nuestras vidas.

Cuando uno tiene experiencia de este amor, cuando uno escucha las palabras de vida que pronuncia Jesús, cuando uno goza y disfruta escuchándolo, saboreando diariamente cada una de sus palabras, ya no se puede quedar uno quieto; urge el comunicarlo: **Ven y verás**; urge ayudar a los demás, a los que nos rodean a encontrarse con ese Dios que salva, que levanta, que tiende la mano cuando estamos abatidos; urge entregar la vida para que otros lo conozcan, lo disfruten y encuentren en Él el sentido para sus vidas, la fuerza, el apoyo, su presencia que colma la vida de esperanza.

Sábado, 29 de agosto de 2020

¡Pídeme lo que quieras!; pero, ¿qué voy a pedir?

1Cor 1,26-31 Dios ha escogido lo débil, para confundir lo fuerte.

Sal 32,12-21 Nuestra alma en Dios espera, Él es nuestro escudo.

Mc 6,17-29 Herodes escuchaba a Juan con gusto.

Escuchando la Palabra de Dios, da la sensación de que, según los criterios del mundo, “Dios se ha vuelto un poco loco”, y ciertamente Dios está loco de amor por todos los hombres. Y bendita locura, por la que todo un Dios quiere apoyarse en la debilidad y la pobreza propias de los hombres. Él mismo se hizo pobre y débil encarnándose en un niño, pasando por la vida como uno de tantos, acogiendo de este modo a toda la humanidad. Ya no podemos decir: Yo no valgo, yo soy pobre, yo no puedo; pues Dios decide salvar y curar a la humanidad a través de nuestras pobreza.

Dios nos conoce, sabe lo que somos y lo que nos falta y, sin embargo, decide tener fe en nosotros, decide derramar todo su amor, para que nosotros lo podamos compartir y repartir.

La grandeza del hombre no está en el tener, en el poder, sino en acoger el amor que Dios derrama sobre cada uno de nosotros y amar como somos amados.

Decía la Madre Teresa de Calcuta: *La cosa más bella de la vida es el amor*; y Dios, por medio de Juan, nos lo repite: **Dios es amor y todo el que ama está en Dios y Dios en él**. Amar todo y a todos lo podemos hacer: lo grande y lo pequeño, a los ricos y a los pobres, a los poderosos y a los humildes. El amor confunde a los que solo aspiran a dominar; el amor levanta a los que están caídos; el amor nos hace sublimes, cuando amamos, cuando lo saboreamos y compartimos.

Herodes escuchaba con gusto a Juan, porque sus palabras estaban fundamentadas en el amor y la verdad. En el fondo de todo hombre hay hambre de amor, de justicia y de verdad.

Miércoles, 26 de agosto de 2020

“Si Cristo habita en nosotros, seremos luz para el mundo”

2Ts 3,6-10. 16-18 Apartaos de quien viva desordenadamente.

Sal 127,1-5 Del trabajo de tus manos comerás.

Mt 23,27-32 ¡Ay de vosotros!, sepulcros blanqueados.

Vivimos en el mundo, pero no para vivir como vive el mundo. Hoy, Pablo nos lo recuerda que son muchas las veces que caemos en la tentación de llamarnos cristianos porque nos olvidamos de vivir en Cristo. Adoptamos costumbres, tradiciones, rezamos, acudimos al culto, pero Cristo está lejos de nuestros pensamientos, de nuestra manera de mirar y de juzgar a los que nos rodean.

¡Que el que no trabaje que no coma!, el que no coma a Cristo que no diga que es cristiano, pues no deja a Cristo habitar en su corazón. Si Cristo no está en nuestra mente, en nuestro corazón, lo que salga de nosotros será vanidad, orgullo, prepotencia...

El Señor nos invita a trabajar para llevar su Reino de amor a los hombres, sabiendo que todo obrero merece su salario. Nuestra paga es disfrutar de sabernos amados, de sabernos hijos de Dios y vivir como hermanos creando fraternidad. No pasemos hambre de amor, pues Dios lo derrocha en nosotros. No pasemos hambre de conocimiento de Dios, pues nos da su Palabra para instruirnos, para enseñarnos sus caminos, para que sepamos cuál es su voluntad.

Jesús nos previene: ¡No seáis como sepulcros blanqueados!, que por fuera parecen justos y buenos, pero por dentro están llenos de odio, de envidia, egoísmo. Jesús nos invita a mirarnos, a examinar lo que nos mueve, lo que nos motiva, lo que queremos ser y hacer con nuestras vidas. Jesús es el Maestro, el Pastor, el que nos indica el buen camino. Él va delante, guiándonos; en Él encontramos apoyo, sus palabras son nuestra luz, las que nos hacen saborear lo que Dios quiere para nosotros.

Escuchémosle y dejémonos hacer de nuevo.

Jueves, 27 de agosto de 2020

“¡Seamos siervos fieles y prudentes, heraldos de la palabra!”

1Co 1,1-9 Pablo, apóstol de Cristo, llamado a la comunión con Él.

Sal 144,2-7 Dios sostiene a los humildes.

Mt 24,42-51 ¿Quién es el siervo fiel y prudente?

“Ya no soy yo, es Cristo que vive en mí”. Es la experiencia de amor y salvación que vive Pablo al encontrarse con Cristo. Sentirse amado cambia su vida y pasa de perseguidor a enamorado, a testigo de Cristo.

Hoy se nos invita al encuentro y se nos hace la llamada a cada uno de nosotros a ser uno con Cristo, a vivir en comunión con Él, a ser testigos fieles que le escuchan y enamorados de su Vida, de su Palabra, ya no pueden dejar de hablar de lo que han visto, oído y experimentado en el corazón.

Estamos de paso por la vida, no podemos perder el tiempo, somos muy amados y hay mucho que amar, mucho que curar, mucho que salvar. Nos apremia el amor de Cristo, tan desconocido por muchos, tan manipulado por otros. El Señor nos necesita... Necesita hombres y mujeres fieles a su Palabra, que hablen de su amor por los hombres, que sean amor en medio de esta sociedad tan individualista; que pongan un poco de luz en medio de tanta oscuridad.

No dejemos pasar la vida sin más. Hemos sido llamados para una misión, para un proyecto de vida. No nos conformemos con ir tirando; estemos atentos a los signos de los tiempos, a las necesidades de nuestros hermanos y seamos apóstoles de Cristo; apóstoles de Dios Amor, guiados por la fuerza de su Espíritu, para formar entre todos un solo cuerpo con un mismo pensar y sentir.

Sólo tenemos una vida, sólo un instante concreto donde amar; estemos atentos, vigilantes, para que no pase por nosotros sin enterarnos y aprovechemos la oportunidad de mostrarnos como siervos fieles y prudentes que han hecho lo que debían hacer.

Viernes, 28 de agosto de 2020

“Dios pasa por nuestras vidas como un susurro, ¡estate atento!”

1Cor 1,17-25 Quiso Dios salvarnos mediante la predicación.

Sal 32,1-11 Recta es la palabra de Dios.

Mt 25,1-13 ¡Ya está aquí el novio, salid al encuentro!

¿Cómo van a invocar y creer en Aquél de quien no han oído hablar? Y, ¿cómo van a oír sin que se les predique? La fe viene por la predicación y la predicación por la palabra de Cristo (Rm 10,14-17).

Si amamos, es porque hemos sido amados primero, porque hemos “visto” el amor. Y si creemos en el Dios de Jesucristo, es porque nos han hablado de él y hemos experimentado su amor; un Dios que nos ama, que vela por nosotros, que vive con y en nosotros, si le dejamos.

Dios nos habla al corazón por medio de su Palabra encarnada que se entrega para rescatar nuestra vida del pecado, y nos enseña y muestra el camino del Amor.

Oramos para escuchar lo que Dios quiere decirnos, y saboreamos sus palabras para gozarlas y poder encarnarlas. Cristo oraba, hablaba con su Padre, dialogaba con Él para hacer lo que su Padre le decía. Así nos mostró con su vida, su palabra y su entrega la vida que Dios quiere para cada uno de nosotros.

Por eso, Jesús nos invita con su vida y su palabra a vivir escuchando lo que Dios quiere, manteniendo encendida la lámpara de la fe, siendo testigos de su amor, y llevar en nosotros el gozo y de alegría que contagie a los demás; de tal modo que les impulse a dejarse encontrar por este Dios, Padre, que nos ama y nos espera para abrazarnos.

En estos tiempos de miedo e incertidumbre, el problema no está en la Covid-19. No necesitamos mascarillas ni guardar distancias para estar y vivir con y en Dios. Su ternura y misericordia se derraman sobre quienes lo buscan. Dejémonos de miedos. Iremos con él cuando le parezca oportuno. Estemos atentos a su presencia y dejémonos abrazar por su amor.

Martes, 25 de agosto de 2020

“Afírmate en la fe y el amor del Dios que te salva”

2Ts 2,1-3a. 14-17 Afirmaos en toda obra y palabra buena.

Sal 95,10-13 ¡Yahveh es Rey!, el orbe está seguro, no vacila.

Mt 23,23-26 ¡Ay de vosotros! que descuidáis la justicia y la fe.

Que nadie os engañe. Sí, ése es tu deseo Señor, porque estamos viviendo tiempos convulsos, donde se alzan muchas voces que no buscan la verdad, que, quizás en aras de la fe, nos llevan por caminos equivocados. Necesitamos más que nunca escuchar la Palabra para poder caminar sin que nadie nos engañe, seguros de que vamos por caminos de justicia, de verdad y de amor.

¡Te necesitamos, Señor!, porque la barca de nuestra vida está expuesta a muchas tormentas: de dentro de nosotros mismos y de fuera. ¡Ayúdanos!, a dejarnos purificar, para que nuestros pensamientos sean los tuyos, para que podamos mantenernos firmes en la fe que decimos profesar.

Si no te miramos, si no dejamos que tus palabras sean la luz que nos ilumine, a buen seguro que nos desviaremos de tu camino; a buen seguro que caeremos en la torpeza de escuchar y tomar partido por otras voces que nos resultan de momento halagüeñas, pero que nos llevan al desconcierto y a vivir en mentira.

Tú, Señor, nos adviertes: ¡Ay de vosotros!, que decís que sois de los míos y, sin embargo, no escucháis mi voz. Señor, ¡ayúdanos!, porque las ofertas del mundo son muchas y sus fuegos artificiales agradables y placenteros. ¡Ayúdanos!, a mantenernos firmes en la fe que queremos vivir. La fe en un Dios que nos habla al corazón, que nos ama con locura, que nos indica que el único camino que salva y cura es el camino de la misericordia y del amor. No vivamos de espaldas a la voz de Dios, oigamos cómo nos interpela y nos recuerda: ¿Dónde está tu hermano? Pero primero nos dice: ¿Dónde estás tú?

Domingo, 30 de agosto de 2020

22 del Tiempo Ordinario

“¡Abre tu corazón a tu Dios, para que te colme de dicha!”

Jr 20,7-9 Me has seducido Señor y me dejé seducir.

Sal 62,2-9 Mi alma se aprieta contra ti, tu diestra me sostiene.

Rm 12,1-2 Transformaos mediante la renovación de la mente.

Mt 16,21-27 ¿De qué sirve ganar el mundo si se pierde la vida?

Nuestra tierra está seca, agotada, sin agua: ¡Te necesitamos, Señor!, necesitamos escuchar que nuestra vida es motivo de tu enamoramiento, necesitamos escuchar tus palabras, que seducen y alegran el corazón, necesitamos experimentar tu amor fiel, que siempre espera, que siempre perdona, que comprende, que todo nos lo soporta con tal de ganarnos.

Ayúdanos a abrirte la mente, para que tu Palabra llegue a nuestro corazón y vivamos la vida amorosa que tú has preparado para cada uno. Que vayamos percibiendo y comprendiendo cuánto somos amados, deseados, queridos..., para dejar que tu palabra entre en nuestro corazón...

Quebranta nuestra vida para que nos hagas según la imagen que quieres dejar en cada uno; y así, Dios con nosotros, será nuestro baluarte, muralla, escudo que nos protege.

Dios nos hizo para el Paraíso, pero nuestra libertad le hizo cambiar los planes. Necesitó redimirnos por, con y en su Hijo, dándonos la filiación, por lo que ahora nos quiere con él en el cielo.

Sin embargo, ve cómo nuestras vidas se alejan de Dios, van detrás de otros dioses dejándonos el corazón vacío, y siente compasión por nosotros. Sale a nuestro encuentro y su Palabra no se aparta de nosotros, nos habla al corazón para que podamos ver la verdad. El mundo nos ofrece apetencias; Dios nos ofrece su amor incondicional, su ternura, su misericordia. Si le dejamos su Palabra nos seduce y nos habla al corazón.

Dejémonos amar para que experimentemos su gracia, el amor entrañable que nos lleva a ser verdaderos hijos.

Pautas de oración

El que quiera venir Conmigo,



que aprenda de Mí y me siga.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES